

The Standard Bearer

El Portaestandarte

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimpresos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.

Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.

Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org

Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Gritters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
gritters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwright@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Enero, 2026 • Volumen 102, Número 5

Contenido:

La meta del peregrino (Hebreos 13:14)

MEDITACIÓN | Rev. Steven Key | 2

El peligro de los Chatbots de compañía

MINISTRANDO A LOS SANTOS | Rev. Daniel Holstege | 6



REFORMED
FREE PUBLISHING
ASSOCIATION

El Portaestandarte* ENERO 2026 1



LA META DEL PEREGRINO

REV. STEVEN KEY

Ministro emérito de las Iglesias Protestantes Reformadas y miembro de Loveland PRC en Loveland, Colorado.

Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir—Hebreos 13:14

El 1 de enero entramos en otro año, 2026. Nos preguntamos cuántos años más veremos. Después de todo, somos peregrinos en la tierra, en camino hacia nuestro hogar celestial. Aquí no tenemos una ciudad permanente. En una ciudad uno permanece, cava cimientos y construye estructuras. Una ciudad es el lugar donde las personas se establecen, reúnen sus tesoros y buscan sus placeres. Y aunque conocemos la vida de la ciudad por nuestro paso por ella, el hecho permanece, solo estamos de paso. Incluso si pasamos nuestra vida en un solo lugar, seguimos siendo extranjeros, solo de paso. Desde un punto de vista externo, tenemos todas las cosas terrenales en común con los hijos de este mundo. Comemos los mismos alimentos y bebemos las mismas bebidas. Usamos la misma ropa— a veces, incluso para nuestra vergüenza, los mismos estilos —. Trabajamos en los mismos empleos, compramos en las mismas tiendas, respiramos el mismo aire. Pero la gracia de Dios nos ha distinguido como diferentes. No por algo que haya en nosotros; ciertamente no porque seamos mejores— sino que la gracia de Dios nos ha hecho extranjeros en esta tierra—. Nos diferenciamos radicalmente, absolutamente. La diferencia es espiritual. Tenemos otra vida, nos regimos por principios diferentes, mantenemos otros estándares, tenemos deseos y propósitos distintos. Ese debe ser nuestro recuerdo, esa debe ser nuestra vida, también en el 2026.

LA META

La meta del cristiano, según el texto, es una ciudad permanente. La Jerusalén celestial, la ciudad de Dios es el lugar al que aspiramos. No sabemos mucho acerca de esa ciudad. Tenemos una imagen parcial de ella. Se encuentra en el libro de Apocalipsis, tal como se le dio al apóstol Juan. También hay destellos encontrados en otras partes de la Biblia. Pero todo lo que hemos visto hasta ahora es un destello, un vistazo en forma de imágenes. Conocemos solo un poco de su gloria y de su hermosura. Las imágenes terrenales de calles de oro, puertas de perla y muros de piedras preciosas no son más que imágenes terrenales de una gloriosa realidad celestial. De hecho, el lenguaje terrenal ni siquiera puede comenzar a describir la magnificencia de esa ciudad hacia la cual viajamos. Pero incluso esas imágenes terrenales nos llenan de ferviente expectativa y anhelo. Es después de todo, la ciudad de Dios, de nuestro Padre celestial. ¿Qué más se puede decir? ¡Él lo es todo para nosotros! Porque Él hizo todas las cosas para su gloria, esa ciudad entera es la revelación perfecta de todo lo que Dios es. Todo en ella se adaptará al propósito de magnificar a Dios y de manifestar su gloria. Porque en Él no hay oscuridad alguna, no habrá noche en esa ciudad. No habrá pecado, ni muerte, ni siquiera lágrimas. Y la gloria de esa ciudad será nuestro propio gozo. Experimentaremos de una manera mucho más allá de nuestra comprensión o expectativa terrenal lo que es vivir al abrigo de la gloria de Dios y disfrutar de su comunión y de su amor.

Una tenue imagen de su gloria fue dada al pueblo de Dios en el templo del Antiguo

Testamento. Hubo un tiempo en que uno podía entrar por las puertas de Jerusalén y preguntar cómo llegar a la morada de Dios. Te indicaban el templo, esa gran estructura construida para reflejar la gloria del reino de Salomón. Y si, tras acercarte a ese templo y entrar por sus puertas exteriores, volvías a preguntar dónde estaba Dios, te señalaban el santuario interior. ¡Pero también te advertían que no podías entrar allí a la presencia del Dios Santo! Todo era una imagen tenue del tabernáculo de Dios que ahora está con los hombres.

¡Entonces vino Cristo! Vino para cumplir la promesa del pacto de Dios. Vino como Dios encarnado, para morar con nosotros en la comunión del amor. Fue a la cruz para establecer ese pacto y reconciliarnos con Dios. Y ascendió al cielo para prepararnos un lugar en aquella ciudad que ahora buscamos. Mientras tanto, Él continúa morando con nosotros por su Espíritu. Cada Día del Señor nos llama a congregarnos para que disfrutemos de su bendita comunión y seamos renovados en el espíritu de nuestra mente, llamados a la santidad sin la cual nadie verá al Señor. Pero esto también es solo una tenue imagen de la realidad que nos espera en aquella ciudad celestial por la cual anhelamos.

Aquella ciudad que es nuestra meta, es sumamente gloriosa porque es el lugar donde veremos a Dios en el rostro de Jesucristo, nuestro redentor. Allí veremos a Aquel que vino a este mundo por nosotros y en nuestra carne. Allí veremos a Aquel que sufrió y murió por nosotros, que fue a la cruz en nuestro lugar y para nuestra salvación, y que resucitó para que tuviéramos vida y un lugar en esa ciudad. Veremos a Aquel que es nuestro esposo, el esposo de la iglesia. Veremos a Aquel cuyo amor por nosotros no tiene límites. ¡Y en Él, Dios mismo estará con nosotros y será nuestro Dios! ¡En y con Jesús disfrutaremos de la comunión del Dios de nuestra salvación!

Y porque este Salvador es el Salvador de un *pueblo*, la Jerusalén celestial será el hogar y el lugar de reunión y comunión para todos los elegidos de Dios a lo largo de los siglos. ¡Piensen en ello! Allí disfrutaremos del compañerismo y de la comunión con todos los santos que nos precedieron. Allí estarán Adán, Abel y Set, Enoc y Noé, Abraham, Isaac, Jacob, David y Salomón. Estarán Rahab y Rut, María la madre de nuestro Señor, y María Magdalena. Estarán María, Marta y Lázaro. Pedro y Pablo, Santiago y Juan y todos los discípulos de Jesús, Aquila y Priscila, Febe, aquella bendita hermana en Cristo, Timoteo y Silas. Allí estarán los santos anónimos que dieron su vida por el testimonio de Jesucristo, de quienes habló el escritor a los Hebreos en Hebreos 11. Estarán los hombres que Dios usó para la gran reforma de su iglesia en el siglo XVI. Estarán nuestros propios padres espirituales. Allí estarán también aquellos pequeños de Jesús, que cumplieron su propósito en la tierra en poco tiempo. Y aunque todos pecaron, veremos que toda culpa y vergüenza les fue quitada. Todos seremos revestidos con las blancas vestiduras de la justicia de Cristo.

Además, esa ciudad es la ciudad victoriosa, la ciudad de la perfección. Ningún enemigo podrá entrar por sus puertas. Todos aquellos que antes acosaron, se opusieron y persiguieron a los que peregrinaban hacia esa ciudad —todos los incrédulos, abominables, homicidas, fornicarios, hechiceros, idólatras y mentirosos— no tendrán parte en esa ciudad, según Apocalipsis 21:8, sino que tendrán su parte con la serpiente antigua en el lago que arde con fuego y azufre. En la ciudad de Dios habrá paz, paz perfecta. Dios mismo habrá enjugado las lágrimas de sus hijos y habrá llenado sus corazones de gozo eterno. Por la luz de su gloria veremos. En su luz caminaremos. La gloriosa ciudad de Dios, el gozo supremo de todos los hijos de Dios—esa es la meta del peregrino, el lugar hacia el cual caminamos. Lo es también para ti, ¿no es así?

LA PEREGRINACIÓN

Pero por ahora, la peregrinación continúa. ¡Sigue adelante, cristiano! Aquí no tenemos una ciudad permanente. Esto debemos recordarlo al entrar en el año 2026. Y no es solamente

porque todo aquí es consumido por la muerte, aunque eso es ciertamente verdad. «Los días de nuestra edad son setenta años; Y si en los más robustos son ochenta años, Con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, Porque pronto pasan, y volamos» (Salmos 90:10). La muerte es una realidad contundente. La vida de generación en generación es como un espectáculo pasajero, colocado sobre la cadena de tiempo. El hijo de este mundo podría cavar profundamente y sentar sus cimientos con gran solidez. Podría cerrar los ojos a la realidad de las cosas fugaces y alzar con orgullo su propio reino. Pero todas las cosas predicán a gritos a todos los hombres: «Ordena tu casa, porque morirás. Dentro de poco, el mundo y las cosas de este mundo perecerán». Eso es cierto, pero esa no es la perspectiva aquí.

El escritor a los Hebreos escribe a la iglesia. Señala que no tenemos una ciudad permanente aquí. Por lo tanto, enfatiza la verdad de que no tenemos nada espiritual aquí. Somos peregrinos—no solo porque todas las cosas pasan, sino por el estado y la condición de nuestras almas y porque nuestra perspectiva es diferente. Somos extranjeros aquí porque hemos nacido de lo alto. «Nacer de lo alto» —los incrédulos no conocen ese lenguaje. Pero nosotros hemos recibido una nueva vida mediante la resurrección de Jesucristo y por la obra de su Espíritu Santo. Esa nueva vida viene de lo alto, del cielo. Es la vida de aquella ciudad que buscamos y hacia la cual peregrinamos. Debido a esa nueva vida, no importa hacia dónde miremos en este mundo, no podemos hallar nada que nos satisfaga plenamente, ni un lugar del cual digamos: «Aquí es donde quiero establecerme y encontrar mi permanencia».

Así continuamos nuestro peregrinaje, buscando la ciudad que permanece y que es nuestro hogar. Nuestra peregrinación es una necesidad. *"Buscamos"*. El escritor inspirado lo afirma con sencillez. Que aquí no tenemos una ciudad permanente es una realidad. Pero por esa misma razón, también es un hecho que buscamos la que ha de venir. ¡Esa es la vida de Cristo en nosotros! Nosotros, que somos ciudadanos de esa nueva ciudad, y que por lo tanto conocemos nuestro vínculo de comunión con Aquel a quien pertenece esa ciudad, ciertamente anhelamos y avanzamos con empeño hacia esa meta. Esa es la vida del cristiano. Sí, nuestro viejo hombre todavía se aferra a las cosas de esta tierra. Pero en Cristo, por esa nueva vida que es nuestra, amamos a Dios, a su Cristo y a su pueblo. Y, por lo tanto, es el anhelo irresistible de nuestros corazones ser liberados de lo terrenal y disfrutar de la libertad de los hijos de Dios en los nuevos cielos y la nueva tierra. Lo cantamos junto con el salmista: "Cuando al fin vea en justicia tu rostro glorioso; cuando haya pasado toda la noche cansada y despierte contigo para contemplar las glorias que permanecen, entonces, si, entonces, quedará plenamente satisfecho" (Salmos 17).

Así que buscamos la ciudad que permanece, la cual Dios ha preparado para nosotros. Aunque solo tenemos una imagen tenue de ella, el camino hacia ella ha sido claramente señalado para nosotros por nuestro Padre celestial. Ese camino comienza fuera de la puerta. Ese es el contexto de Hebreos 13:14. Fuera de la puerta y fuera del campamento está el punto de partida de nuestro viaje hacia la Jerusalén celestial. Fuera de Jerusalén, en una colina, en un lugar llamado Gólgota, tú y yo comenzamos nuestro viaje al cielo. Porque allí, en una cruz, el Varón de dolores derramó su sangre para que tuviéramos vestiduras debidamente lavadas y pudiéramos entrar en la ciudad permanente de vida y gozo. Que ese lugar esté fuera de la puerta significa que fue el lugar del desechado. El mundo no aceptaría a ese Cristo de Dios. Jerusalén, cuyo nombre espiritual es Sodoma y Gomorra, no lo aceptó. Lo expulsaron, lo echaron fuera, fuera de la puerta, fuera del campamento. Pero ese es el camino, el punto de partida, hacia la ciudad que permanece. Esa es la conexión entre nuestro texto y lo que precede. Por tanto, salid de la puerta, por la fe. Tened vuestras vestiduras lavadas en su sangre. Ese es el camino que conduce al hogar, también hoy.

Entiende bien, que para recorrer ese camino, también llevarás su oprobio. Esa también es la guía en el camino que lleva al cielo. Jesús dijo: «El siervo no es mayor que su

señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán» (Juan 15:20). Pablo confirma esto cuando le escribe a Timoteo: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Timoteo 3:12). Poned tu mira en las cosas de arriba. Recuerda que tendrás que soportar oprobio por ello. Si sigues el camino del mundo, estás en el camino equivocado. De eso puedes estar seguro. El camino al cielo es el camino recto y angosto, el camino de la minoría, el camino marcado por la Palabra. Y es también el camino de la burla, del oprobio y de la tribulación. Pero buscad la ciudad. Recuerda que es más preciosa que todos los tesoros de este mundo. Recuerda que allí y solo allí hay placeres para siempre. Anhélenla. Esfuérzate por ella. Lucha por ella. Sufre por ella. El camino de la cruz es el camino que lleva a casa. Y por eso buscamos. Tú lo haces, ¿no es así? Al no tener una ciudad permanente aquí, buscamos una que ha de venir.

LA PROMESA

Dios promete que ciertamente vendrá. Es literalmente la *ciudad que ha de venir*. Su gloria aún no ha sido revelada. Antes de que eso suceda, muchas cosas deben cumplirse todavía. El año 2026 servirá para su venida, como han servido todos los años transcurridos. Nosotros observamos, asimilándolo todo, sin saber exactamente cuándo veremos esa ciudad celestial. Pero vivimos en esperanza. Y en esperanza somos salvos.

Pero la venida de esa ciudad es segura. Es segura porque Dios ha preparado la ciudad en la eternidad. Desde antes de la fundación del mundo, él determinó que un pueblo le sirviera y viviera con él en perfección celestial y eterna. Preparó al pueblo y a la ciudad, incluso escribiendo los nombres de sus ciudadanos en las palmas de sus manos (Is. 49:16). No olviden eso. Pero también cumplió su propósito en Cristo. En su muerte se sentaron los cimientos de la ciudad. Y resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo para preparar un lugar para nosotros—para nosotros personalmente. ¿Lo creen? Y cuando haya preparado un lugar para nosotros, vendrá de nuevo y nos recibirá consigo, para que donde él esté, nosotros también estemos (Jn. 14:2-3). Esa es su promesa segura.

Entramos en otro año. Es solo un paso más en el camino. Miren hacia adelante. Busquen la ciudad permanente, la ciudad venidera. Está viniendo. ¡Cristo viene! Solo un poco más de sufrimiento, un poco más de lucha, y este peregrinaje presente habrá terminado. La meta está delante de nosotros, así como la corona. Es una corona de victoria. Entonces veremos esa ciudad, la ciudad que tiene cimientos, donde Dios será todo en todos, y donde viviremos en su gloriosa presencia para siempre. ¡Sigamos avanzando hacia la meta!